FLAMENCO KILLER

L.A. MUERTE

JMS Guitián

FLAMENCO KILLER L.A. MUERTE

Flamenco Killer L.A. Muerte es el tercero de una serie de libros de humor que tienen como protagonistas a Lola Ramos, viuda, madre, asesina norteamericana que mata a ritmo de flamenco, y a su padre, Macareno, un guitarrista gaditano muy *apegao* a su tierra pero afincado en Los Ángeles, California. La sicaria feminista nos narra en este libro sus alocadas aventuras, sus pensamientos y sus asesinatos, esta vez en México. ¡Ya nos cayó el *chahuistle*!

Títulos de la serie y fechas de lanzamiento:

1. *Flamenco Killer*
2. *FK, Lola returns*
3. *FK, L.A. Muerte*
4. *FK, Spain is different*. Otoño 2020
5. *FK, Hollyblood*. Primavera 2021
6. *FK, Back to Cádiz*. Otoño 2021
7. *FK, Beverly Hells*. Primavera 2022
8. *FK, Hastaquihemosllegao*. Otoño 2022

Hoy se ha apuntado el primer hombre a mis clases de baile flamenco en Manhattan Beach. Después de cuatro años con la escuela, hoy ha entrado uno y se ha inscrito en la clase de los miércoles. El mundo cambia poco a poco, pero cambia. Arnie, se llama; realmente su nombre es Arnold Moore, pero todo el mundo le llama Arnie, me ha dicho. Que conste que el flamenco cuando se baila no tiene género; quizá cuando lo teje un hombre no sea tan adornado, sino más contenido en el movimiento de las manos para que no parezca amanerado. Me gusta Arnie; a él le da igual exagerar el acaracolado con sus muñecas y desde su primera clase baila siguiendo el compás sin alterarse, recreándose, buscándose el alma sin complejos. Tiene el pelo canoso; es un policía retirado, abuelo, que descubre en sus primeros pasos acompasados la memoria de su vida. Es de Idaho pero vive en California desde hace treinta años. No hay que haber nacido en Andalucía para que ames este arte y hay que ser muy hombre para bailarlo.

Macho, así se le denomina al hombre que se identifica con actitudes consideradas masculinas, viriles, casi todas relacionadas con el uso de la fuerza para impo-

ner su criterio, la ley de la violencia. «Macho» es también un estribillo, una copla breve, que remata el final de algunos cantes flamencos. Estos cierres suelen tener una forma musical distinta y otra métrica que se apoya en ella. Es el caso de la *caña*, un palo donde este cierre se acelera y cambia a un tono mayor. Ojalá los únicos significados de macho fueran este y el que distingue el género de los animales.

Ahí estaba el hombre alzando los brazos al ritmo de la *soleá*, con movimiento de cadera y pequeños zapateados, un ejercicio bárbaro. Arnie se situó a la izquierda de Carmen, productora de cine, española asentada en Beverly Hills y propietaria de dos chihuahuas, «mis niños» los llama, Anakin y Darveider, que tienen los bichos mejor ropero que yo. ¡Ay cómo van los dos canijos! Que se asoman curiosos, sentados, tranquilos en su cochecito, observando mientras Carmen baila. Y a la derecha de Arnie estaba Doris McKey, siempre con el abanico a cuestas, que se lo clava en el escote como un puñal atenazado por el sujetador y los senos, preparado para desenfundar ante el ataque de un golpe de calor. Que yo al verla me acuerdo de que mañana tengo que ir al ginecólogo y me toca mamografía. Sigo con lo de la clase que si no me lío.

–Good job, Arnie. That hand movement is very good... to the beat... and one, two, three... Come on, Carmen, vamos, don´t miss the compass and stop looking at your babies; focus, lady... Doris, raise your head like a goddess, like that.

A Doris se lo digo siempre: las mujeres tenemos que ir con la cabeza muy alta, orgullosas, que siempre hay alguien dispuesto a que la bajemos, a hacerte ver que estás por debajo. Ella lo sabe bien.

Me contrató hace un par de años para acabar con Ramiro Stavros, heredero de la conservera Stavros. Me pagó para matar al susodicho; la verdad es que la comida enlatada que hacen merecía una ejecución. En palabras de mi padre, Macareno Ramos: «No has visto tanto colesterol junto ni en el concurso anual de churros de Pasadena. *Quilla*, aquello estaba *empetao* de colesterol, que esas latas te engordaban *na* más mirarlas en el estante del ultramarinos sin necesidad de abrirlas y comérselas». Ramiro había salido libre de cargos después de ser acusado de violación.

La historia es esta: Doris McKey y Ramiro Stavros habían coincidido en una fiesta en casa de unos amigos comunes en Santa Mónica. Con dos copas de más, ambos se habían perdido en el jardín hasta que Ramiro decidió que era el momento de hacerlo. Ella se había negado; los besos y el toqueteo le habían parecido suficiente. Él había impuesto su ley de macho al que no se le puede dejar así, inflamado, y comenzó con insultos y sujeciones dolorosas cuando la joven quiso irse. Música a todo volumen. «Si has llegado hasta aquí, ahora tienes que seguir»; típico de individuos sin control, incapaces de contener la llamada desenfrenada de su entrepierna. El juez consideró que ella se había dejado llevar por la pasión y que su arrepentimiento de última hora no era óbice para dar por concluida la relación sin el final feliz

que él esperaba. Se ve que para alguno de esos machos, llegado a un punto sin retorno, no se le puede decir que baje su apretura por su cuenta y puede imponer lo que está empezado.

Ramiro Stavros era un habitual de Fuego, una discoteca en West Hollywood para cuarentones hispanos de cuellos de camisa disparados listos para un ligoteo fácil y sin complejos.

Volví a mirar la foto que tenía del violador; sobre los treinta, musculoso, buena facha de macho alfa. Un hombre así no debería acudir a la dominancia física para saciar sus instintos. Aparentemente. Pero luego están el perfil psicológico del individuo, su educación, sus complejos, sus traumas, el dinero de papá, y un hombre que podía haber sido un partidazo se convierte en un criminal libre que pone en peligro a toda mujer que se le acerca.

Esa noche del viernes, Fuego estaba muy concurrida. Hice cola en la puerta unos quince minutos. Me vestí al uso: peluca rubia, falda corta, escote al límite, tacones infinitos; bélica y esperando a la presa. Me dirigí a la barra atestada de iguales guerreras, aguardando la llegada, no ya de un príncipe azul sino de alguien simpático, limpio y con una mínima conversación, esto último siempre difícil. Las mujeres cada vez pedimos menos para darlo todo, lástima. Nadie estaba ahí buscando el amor de su vida; quizá, a lo más, una noche que les hiciera no perder la esperanza en sí mismas. Nosotras elegimos entre lo que hay, entre lo que queda, y queda poco. Me pedí un cóctel, una margarita, que

aquí en L.A., que es como los angelinos llamamos a esta ciudad, somos muy de mezclas; de combinados endulzados por el azúcar hecho alcohol, y además, qué te voy a contar, con la peluca rubia tenía calor. El primer sorbo frío me trajo a un tipo de unos cincuenta años que se apoyó en la barra mirándome el escote dispuesto a entablar conversación. Deposité mis ojos en los suyos, seria, y negué con la cabeza sin pronunciar vocablo alguno. Sobre la marcha, el canoso se dio la vuelta y se fue; no hubo química, sobraban las palabras. Un tipo listo, con experiencia, me dije cuando se hubo ido; conocía el no y lo aceptó a la primera, con deportividad.

Sentada, comencé a escrutar el lugar. Sabía que allí estaba Ramiro, mi objetivo. Coloqué un tacón de aguja sobre el estribo de la silla alta, mientras la otra pierna se alargaba insinuante al frente. Ahí, mientras la vista se paseaba vislumbrando caras desconocidas, me acordé de Luck, el novio que me he echado; el papá soltero más deseado de la escuela, el padre de Lianna, compañera de clase de Encarna, mi hija; Luck T. Laurence, que tiene nombre de escritor de ciencia-ficción. Él dice que es su nombre artístico. Hombre de piel oscura, como la mía, que soy mezcla de irlandesa, negro y gaditano de toda la vida. Como dice mi padre: «Los de *Cái* nos mezclamos con todo, ¿por qué crees tú que se llama la Tacita de Plata? No por la forma, no, sino por el contenido: café con leche somos; que en esa tierra se apalancaron un *jartíbere* de gentes para un lugar tan chico, digo, *finicios*, romanos, *bizintinos*, los *visigordos* esos, gitanos, moros y mi *pare*, Antonio Ramos, que era

de Lebrija; que para los de Cádiz es como el extranjero. Vamos, que mi tía Obdulia, por parte de madre, fue al cuartelillo de la Guardia Civil para sacarse el pasaporte antes de coger el autobús *pa* Sevilla, como te lo digo».

Luck y yo estamos bien. Es amable y cuando lo hacemos es estupendo. Ahora tiene a su padre enfermo en el hospital; estaba muy mal me ha dicho, en las últimas. Pero lo que nos pasa a los padres solteros es que nuestra prioridad son nuestras hijas, que las niñas se lleven bien y todo eso. A Encarna la sigo acercando a terapia, a Margaret, la psicóloga infantil, para que haga dibujos y luego ella le hace preguntas sobre lo que ha pintado. Yo creo que está mejor; la niña ya pinta normal; que hace unos dibujos muy bonitos de castillos y dragones. Ahora que lo pienso, la verdad es que no ha dejado la etapa gótica: ha pasado de la tumbas y las cruces, más macabras, y está en la etapa gótica-fantástica; tendrá que pasar por todas las fases hasta llegar a una normal y pintar corazones atravesados por flechas. Como te digo, yo con Luck estoy bien, por el momento; te lo iré contando.

No veía a Stavros. Le di un largo trago a la copa martinera mientras observaba a tres chicas que brindaban con sus cálices de vino tinto. Estaba cerca de ellas y escuché claramente: «*Cheers, for Betty's divorce*». La que debía ser Betty tenía una cogorza de aquí te espero; se bebió el caldo rojo fermentado de un trago, sonrió guiñando los ojos y mostrando los dientes tintados de oscuro; un poco vampírica me pareció.